

Reseña de: Loïc Waquant (2024). El diablo en la ciudad. La invención de un concepto para estigmatizar la marginalidad urbana. Siglo XXI.

Juan M. Agulles (Universidad de Alicante)

Cita bibliográfica: Agulles, J.M. (2024). Reseña de: Loïc Waquant. El diablo en la ciudad. La invención de un concepto para estigmatizar la marginalidad urbana. Siglo XXI, 2024. *Disjuntiva*, 5 (2), 139-142. <https://doi.org/10.14198/DISJUNTIVA2024.5.2.11>

Hacia el final de este importante libro, Loïc Waquant rescata el comentario de uno de los revisores anónimos de su manuscrito, editado originalmente por Polity Press, que lo describía como «médico forense de conceptos».

Siguiendo con la metáfora, habría que decir que Waquant en su estudio no solo se emplea en realizar la autopsia del concepto «*underclass*», sino que reconstruye su vida previa, el momento y las causas de la muerte, las motivaciones y las identidades de los autores materiales y los colaboradores necesarios tanto de su auge como de su caída en desgracia.

Pero, además —y este quizá sea uno de los grandes méritos del libro—, señala las importantes implicaciones que para las ciencias sociales tuvo el ascenso fulgurante y la desaparición abrupta dentro del debate académico de un término que sirvió fundamentalmente para estigmatizar la marginalidad urbana sin llegar a demostrar su capacidad para explicar los fenómenos que supuestamente analizaba.

Es más, según Waquant, sirvió en gran medida para ocultar las dinámicas concretas de producción del espacio y la aparición del precariado urbano negro a raíz de la crisis de empleo y la descomposición del gueto estadounidense; y, al mismo tiempo, como justificación y «concepto pantalla» para llevar a cabo la transformación de los servicios sociales hacia un modelo que combinó la lógica del *workfare* y el *prisonfare*. Un modelo desarrollado en Estados Unidos a partir de la segunda mitad de los años noventa y que, más de una década después, se extendió entre los países del entorno europeo. Proceso que el autor había analizado en trabajos anteriores (ver Loïc Waquant, *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa, 2010).

Pero volvamos al inicio. Concretamente, al título. Porque la traducción al castellano ha dejado escapar un aspecto importante del trabajo de Waquant en este libro. El original publicado por Polity Press (2022) llevaba como título *The Invention of the «Underclass». A Study in the Politics of Knowledge*. Aunque es cierto que el término «*underclass*» no tuvo un peso específico en las ciencias sociales del continente europeo (sí lo tuvo, como

Correo electrónico de correspondencia: jm.agulles@ua.es. <https://orcid.org/0000-0002-1658-8537> (Juan Manuel Agulles Martos)



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

© Juan Manuel Agulles Martos, 2024

explica el autor, en el Reino Unido) ni en gran parte de los países de habla hispana, lo que podría justificar su desaparición en el título de la traducción al castellano, el subtítulo original sí indica algo relevante: se trata de un estudio sobre las políticas del conocimiento o, como señala en algún momento su autor, un estudio de sociología política del conocimiento. Y este es el aspecto que da a la investigación sobre el concepto «*underclass*» una dimensión epistemológica relevante y un alcance que va más allá del estudio de caso concreto.

No es ocioso, por ello, que el libro se divida en dos partes claramente diferenciadas. En la primera, titulada «La leyenda de la “*underclass*”», Waquant realiza una investigación que combina la historia conceptual de Reinhart Koselleck con la teoría del poder simbólico y los campos de producción cultural de Pierre Bourdieu. Su objetivo es desentrañar el recorrido realizado por el término «*underclass*» hasta convertirse en clave explicativa hegemónica para los estudios sobre la marginalidad urbana en los Estados Unidos entre 1977 y 1996. Mediante esta «hermenéutica estructural», Waquant despliega la tesis central de su estudio que resume del siguiente modo:

A lo largo de dos decenios de acalorados debates que comenzaron con los disturbios producidos en Harlem durante el apagón de 1977, el concepto de «underclass» no dejó de ser una noción incoherente, heterogénea y especular, plagada de ambigüedades semánticas, deficiencias lógicas y anomalías empíricas. La espectacular (aunque efímera) divulgación del término expresaba, ante todo, el temor de clase y el horror de casta de las clases medias instruidas y los funcionarios locales ante el deterioro de las condiciones de vida del precariado negro (Waquant, 2024: 19).

La motivación que guía el estudio del sociólogo francés afincado en California es alertar sobre la necesaria vigilancia epistemológica que las ciencias sociales deben observar a la hora de verificar el alcance y los criterios de validez de conceptos que circulan a través de diferentes campos de producción cultural (la ciencia, el periodismo, la filantropía, la política y las políticas públicas, y la vida cotidiana), y que se van transformando continuamente, moldeando así nuestra forma de entender la realidad social.

En concreto, el ascenso del concepto de «*underclass*», según señala Waquant, fue indisoluble del persistente antiurbanismo de la cultura política estadounidense y de la entrada en crisis de la forma de regulación fordista-keynesiana y su correlato urbano en la disgregación del gueto racial característico de muchas grandes ciudades norteamericanas.

Así, a finales de los años setenta, apareció en escena una nueva especie de «animal urbano», una «minoría en el seno de una minoría», que acechaba en las grandes ciudades y que hizo su entrada en el debate público a partir de los disturbios sucedidos durante el apagón en Nueva York en julio de 1977. Desde el inicio, Waquant afirma que dicha categoría respondía mucho más a los pánicos morales y raciales de las clases medias urbanas, sumidas en la crisis de empleo industrial de las ciudades, que a una categoría social reconocible y definible de forma empírica. «Más que una categoría sociológica que ayuda a generar conocimiento, es un *catagorema* (palabra que deriva del griego *kategoreisthai*) social: un instrumento de “acusación pública”» (*Ib.*: 48).

Su entronización en los estudios sobre la marginalidad urbana respondió, en último término, a una genealogía que llevó el concepto «*underclass*» desde el mundo académico a las instituciones filantrópicas y las entidades sociales, para pasar después al ámbito periodístico y a los laberintos de la burocracia estatal de la asistencia, y volver finalmente, transformado, al ámbito académico. Según Waquant, fue la circulación a través de los diferentes campos de producción cultural aquello que generó un vaciado de contenido del concepto original, al tiempo que legitimó su uso desde distintos ámbitos y le concedió credibilidad, pudiendo desde ese momento designar y afirmar con el término aquello que precisamente debía demostrarse: la existencia de una subclase con características conductuales desviadas, amorales y criminógenas que propiciaban la degradación de la convivencia urbana.

De este modo, el término acuñado en los años sesenta por el economista sueco Gunnar Myrdal para describir el crecimiento de un sector del subproletariado estadounidense, pasó al ámbito de la política en la llamada «Guerra contra la Pobreza» lanzada por la presidencia de Johnson, de ahí a su aplicación para designar el gueto negro y la supuesta «maraña de patologías» sociales que este albergaba, para dar el salto al público general a través de los reportajes periodísticos tras el apagón de Nueva York en 1977 y la publicación, en 1982, de la influyente obra divulgativa del periodista Ken Auletta. Obra donde la «*underclass*» ya no era tratada como

una herramienta de análisis o como una realidad social (incipiente) derivada de los cambios estructurales que se estaban produciendo durante la crisis del modo de regulación fordista-keynesiano, sino como un hecho constatado, una forma de vida y unas pautas conductuales atribuibles a sujetos concretos (los habitantes del gueto negro) a los que se responsabilizaba de la degradación de sus propias condiciones de vida y de las zonas de la ciudad que habitaban

De su generalización y vulgarización periodística, y su posterior «racialización», el concepto, ya metamorfoseado como *catagorema social* acusatorio del precariado urbano negro, fue sancionado de nuevo desde el ámbito de las políticas públicas y los funcionarios electos. A través —según cuenta con detalle Waquant— de la «teatralidad normativa y el academicismo» puestos en escena durante la audiencia que sobre «el problema de la *underclass*» llevó a cabo la Comisión Económica Conjunta de las dos cámaras parlamentarias de los Estados Unidos, en mayo de 1989. Los expertos en ciencias sociales consultados (dos de ellos afroamericanos) no tuvieron ninguna duda sobre la existencia de un ominoso problema urbano derivado del crecimiento de esta «*underclass*» y el cúmulo de conductas «antisociales» que reproducía. El término, así, quedó de nuevo oficializado y sancionado académicamente —según señala Waquant, en primera instancia por parte de académicos progresistas— y devino «banco central de capital simbólico» (*Ib.*: 69) para estudiar la marginalidad urbana.

A partir de ahí, las líneas de financiación para la investigación de este «nuevo grupo social», que supuestamente había contribuido a la degradación de la vida urbana estadounidense, se multiplicaron. A través del Instituto Urbano (financiado por la Fundación Rockefeller) y de la Fundación Ford, proliferaron los estudios en torno a la «*underclass*», generando un debate académico y metodológico donde no faltaron la recogida masiva de datos —lastrada por varios sesgos que Waquant señala— y los nuevos instrumentos de medición para describir empíricamente aquello que ya se había afirmado simbólicamente como categoría para entender la realidad de la decadencia urbana.

Tras esta detallada genealogía, el autor aborda el siguiente paso en su análisis: el que describe las distintas formas de utilización del término «*underclass*» que pugnaron en los diversos campos de producción de conocimiento y que se disputaron la hegemonía a la hora de nombrar y dar existencia al «nuevo» fenómeno social.

El término fue utilizado, según afirma Waquant, por tres familias teóricas, diferenciadas según pusieran el acento en la *estructura* de la economía y el mercado de trabajo, en el *comportamiento* y las propensiones culturales de los individuos, o en las características sociales del *vecindario* y el entorno humano más próximo. A estas tres concepciones les asigna el autor los siguientes nombres: estructural, comportamental y neocológica.

Fue la segunda de ellas, la que hacía hincapié en las características individuales y culturales de los sujetos que pertenecían a la «*underclass*», la que logró ostentar, aunque fuese brevemente, la hegemonía y el consenso por parte de los campos político, filantrópico, académico y periodístico. Se convirtió, así, en la concepción dominante:

Ya no se detectaba a sus integrantes por su carencia de ingresos y oportunidades de empleo ni por su (in)movilidad socioeconómica, sino por un conjunto surtido de «conductas antisociales» que los diferenciaban de la sociedad estadounidense «estándar» [...] y significaban una amenaza para ella (Ib.: 95).

Sin embargo, el triunfo de esta forma de entender la realidad de la marginalidad urbana no estaba inscrito en la naturaleza del propio concepto «*underclass*» y, de hecho, hubo desarrollos de la concepción estructural y la neocológica que sustentaron análisis más robustos de las dinámicas de movilidad social descendente y la recomposición de clase, así como de los procesos de segregación urbana y la marginalidad en el gueto racial estadounidense. Fue la circulación del concepto a través de los diversos campos de producción del conocimiento, y la influencia de los intereses orientados a la reforma de la asistencia y el antiurbanismo enquistado en la cultura política del país, aquello que marcó su meteórico auge y su abrupta desaparición posterior.

En la página 133 del libro, el autor elabora un detallado y valioso esquema que resume gran parte del recorrido y la circulación del concepto, a lo largo de los años, por diversos ámbitos, con los nombres de aquellos investigadores e instituciones que lo entronizaron y aquellos que lo criticaron o matizaron su capacidad analítica.

En la segunda parte del libro, mucho más breve, y titulada «Qué nos enseña la leyenda», Waquant señala los problemas que surgen en la pugna por «el poder de nominación legítima» —son términos de Bourdieu— y recuerda lo que considera una perogrullada sociológica que no está de más recordar: «Se den cuenta o no, les guste o no, los sociólogos están involucrados en estas luchas por clasificar y deben lidiar con la *perpetua confusión y pérdida de significado* que implica» (Waquant, 2024: 168). Es importante recordarlo, a decir del autor, sobre todo porque existe una dificultad y un peligro añadido cuando trabajamos con categorías de personas desposeídas o estigmatizadas que residen en los márgenes —simbólicos, sociales y físicos— de la ciudad. Las categorías simbólicas acaban por impregnar nuestra percepción de la realidad social y, de este modo, orientan la acción individual y colectiva. En el ejemplo de las transformaciones históricas del término «*underclass*», el autor descubre cómo sus tres variantes (estructural, comportamental y neoecológica) apuntaban, de hecho, en direcciones diferentes —y en ocasiones contrapuestas— a la hora de desplegar políticas públicas y regular el espacio urbano. Por tanto, la historia de la entronización y la sanción académica de la variante comportamental del término «*underclass*», por encima de otras consideraciones, sugiere la necesidad de un análisis reflexivo en torno a la sociología política del conocimiento, y a la forma en la que los conceptos que los científicos sociales utilizamos están sujetos a estas pugnas de poder que se dirimen, en gran medida, en espacios alejados de la academia.

La propuesta de Waquant para llegar a construir conceptos robustos para las ciencias sociales pasa por la aplicación de tres pares de criterios que cualquier término analítico debería cumplir (*ib.*: 176): 1- Criterios semánticos: claridad y neutralidad; 2-Criterios lógicos: coherencia y especificidad; y 3- Criterios heurísticos: adecuación empírica y productividad. Lo que el autor denomina «sociología normal», a menudo pasa por alto estos criterios y despliega un arsenal de metodologías para describir fenómenos que en su elaboración conceptual están fundados en prejuicios, disquisiciones morales y percepciones derivadas del «sentido común».

Este sentido de la reflexividad y la vigilancia epistemológica, lo ejemplifica Waquant en la figura del sociólogo estadounidense William Julius Wilson (a quién está dedicado el libro). Defensor del término «*underclass*» en su concepción neoecológica, y estudioso de los «efectos del vecindario» sobre la reproducción de las desigualdades sociales, Wilson fue, al mismo tiempo, uno de los artífices de la «caída en desgracia» de la variante comportamental del término «*underclass*» cuando decidió dejar de utilizar el término y sustituirlo por la formulación «pobres del gueto» con tal de evitar un concepto que estaba «abarroto de *usos no sistemáticos, arbitrarios y nada teóricos* que acaban siendo eslóganes ideológicos o un código secreto» (citado en Waquant, 2024: 185).

Para Waquant, la leyenda de la «*underclass*» señala las contradicciones epistemológicas a las que se ven sometidas las ciencias sociales cuando adoptan ideas prefabricadas y sucumben al «efecto arrastre» (*ib.*: 199) de términos poco precisos que van cobrando valor a medida que su circulación por diversos ámbitos de la producción cultural los va extendiendo para un uso no sistemático. La lección que nos brinda la autopsia de la «*underclass*» practicada por Waquant permite, por tanto —y así lo hace explícito el autor en una coda sobre la utilización del término «raza» en el siglo XXI—, extender sus conclusiones al uso y abuso de otros términos en las ciencias sociales. De ahí el valor de esta investigación que, más allá del interés que pueda suscitar entre los especialistas en sociología urbana o en estudios sobre la pobreza, viene a recordar la importancia de construir conceptos teóricos robustos y estar siempre atentos a las luchas de poder por las que la realidad social llega a conceptualizarse y constituirse en objeto de investigación.